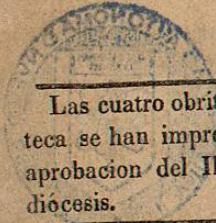


BX 880

115

v. 133



Las cuatro obritas contenidas en esta Biblioteca se han impreso para Michoacán y con la aprobacion del Illmo. Sr. Obispo de aquella diócesis.

JESUCRISTO

HABLANDO

AL CORAZON DE LA RELIGIOSA.

OBRA ORIGINAL DE PALOMICA.

TRADUCIDA DEL FRANCES AL CASTELLANO

- POR -

D. Prisciliano Altamirano,

Catedrático de latinidad en el Seminario de

MORELIA.



MEXICO.

O'SULLIVAN Y NOLAN IMPRESORES.

1851.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tolca

Verdad es que algo vas á perder de esa liber-

San Agustin, Confesiones.



EX
HEMETH
E

con esas blancas vestiduras: él es quien te cubre con ese sagrado velo, que será desde hoy la defensa de tu pudor, el sello inviolable de



004538

CAPITULO I.

ENTRADA AL CLAUSTRO.

I. HIJA mia, si conocieras todos los encantos de la vida religiosa, todas las alegrías del claustro, todas las delicias del retiro, ¡cuánto me bendecirias por haberte arrancado de en medio de las miserias y tempestades del mundo! Ahora que ya te ves libre de ese impetuoso torrente, *que con sus olas vastas y formidables arrebató á los desdichados hijos de Eva* (1), guárdate mucho de abandonar el puerto. No dejes que la tristeza se apodere de tu corazon, ni te lamente echando menos la funesta libertad de que gozabas. Verdad es que algo vas á perder de esa liber-

San Agustín, Confesiones.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

tad en medio de las observancias de la disciplina religiosa. Pero tan luego como llegues á comprender cuál es la libertad que ahora pierdes, conocerás que esta pérdida te ha sido ventajosa. No obstante, eres muy libre: muy libre para caer en el pecado: muy libre para echarte á andar por el anchuroso camino que conduce á la perdicion. Sin embargo, la libertad gloriosa, que consiste en no poder ya servir al pecado, es la recompensa de mis santos, es la singular prerogativa de mis bienaventurados. Mientras vivas desterrada de la patria celestial, tendrás que combatir contra esa libertad de pecar. ¿Qué objeto te propones al entrar en el claustro, y cuál es el espíritu de la vida religiosa? Tal es su zelo, que quisiera tener fuerza bastante para desarraigar de tu corazon la libertad de obrar mal; mas como conoce que esto es imposible, se contenta con refrenarla hasta donde puede: la estrecha por una disciplina severa, por temor de que decline á lo prohibido: intenta quitarle todas las ocasiones de pecar, apartándola aun de lo permitido, y la reduce en cuanto puede á las cosas necesarias.

II. ¡Cuán rigurosa es esa clausura! ¡Cuán impenetrable es ese enverjado, y cómo intimi-

con esas blancas vestiduras: él es quien te cubre con ese sagrado velo, que será desde hoy la defensa de tu pudor, el sello inviolable de

da á los que se le acerquen! Esta es una sabia precaucion de la vida regular y religiosa, que aparta muy lejos de tí las ocasiones para impedirte que sirvas al pecado. Muy fácil es su observancia; pues para allanarla busca superiores que vigilen sobre ella, quiere que se la cuiden de vista y se le conduzca como por la mano, con el fin de tener menos libertad para separarse del camino recto; y tiene razon para temer que esta saludable estrechez sea contraria á la libertad verdadera. No es oponerse á un rio el levantar diques sobre sus riberas para estorbar que se desborde, y derrame y pierda sus aguas en la llanura: ántes bien, así se le proporciona que corra mas tranquilamente en su lecho. Se opondria, sí, á su curso, quien fabricara un dique en medio de las aguas cortando su corriente. Así, el poner por todos lados límites á la libertad para estorbar que se estravie, no es destruirla, sino enderezarla con mas seguridad hácia el camino que debe llevar. La pierden, la destruyen solo aquellos que la desvian de su curso natural; es decir, los que no la dejan dirigirse á Dios: de suerte que la vida religiosa, que con tanto afan trabaja en allanarte ese camino, trabaja de consiguiente por hacerte libre.

La violencia que en vista de ese fin te prescriba, no debe serte importuna, porque solo la emplea para arreglar tu vida. Así es que el claustro que ahora abrazas no es una prision para oprimir tu libertad, sino un asilo fortificado en que se defiende vigorosamente contra los ataques del pecado.

III. Ven, hija mia, ven á recibir de manos de Jesucristo la vestidura y los adornos de la verdadera libertad. Mira cómo te presentan humildemente al Señor, para que se digne hoy despojarte de las señales de tu esclavitud. Arroja, pues, esos lazos infelices. No venga el llanto á turbar esta piadosa ceremonia. No se imagine la ternura de tus padres, que te pierde, cuando Jesucristo te toma bajo su proteccion. Y qué, ¿te asusta ese cambio de vestido? Si hasta aquí el mundo te ha vestido, ¿podrá envidiársete bastante la felicidad de que Jesucristo te vista hoy á su modo? Deja, abandona pues esos vanos adornos y toda esa pompa profana. Recibe de manos de la Iglesia el venerable hábito del gran Santo, de la grande Santa, que en lo sucesivo te concederá su proteccion especial; ó mas bien, repeséntate la mano de Jesucristo mismo visiblemente estendida sobre tí, y que te viste

con esas blancas vestiduras: él es quien te cubre con ese sagrado velo, que será desde hoy la defensa de tu pudor, el sello inviolable de tu retiro, el signo fiel de tu obediencia. Mas al desnudarte de los vestidos del siglo, desnúdate tambien interiormente de todas las vanidades de la tierra. No te dejes deslumbrar por el falso brillo de la grandeza humana. Considera que tras el oro y las pedrerías no dejan de devorarnos los cuidados, las inquietudes; y que aun se apodera de nosotros el despecho, el enfado y la melancolía; y que el mundo está lleno de grandes é ilustres desdichados, á quienes todos tendrían lástima si la ignorancia y la ceguedad no les juzgaran dignos de envidia. Regocójate, pues, con inocente sencillez, porque el Señor te retira de ese fango de miserias. Desnúdate valerosamente, desnúdate al mismo tiempo de ese vestido secular y de todas las servidumbres del mundo. Rompe todas sus cadenas. Olvida todos sus halagos. Tal vez iba á coronarte de flores; pero el mas ligero viento las habria marchitado. Tu educacion y tu nacimiento te prometian grandes conveniencias, es verdad; pero la muerte al fin te las hubiera arrebatado. No pienses ya, hija mia, en lo que

(1) Fénelon. *Cartas espirituales*.

(2) Eccli. III. 1.

eras ó habrias podido ser en el siglo: no pienses en eso, sino para sobreponerte al siglo (1).

FRUTO.

APRENDE, con el ejemplo de Santa Teresa, á no temer nada entregándote á Dios. Verás que las fantasmas que de lejos te atemorizan nada son de cerca. Cuando nuestra Santa hizo su profesion, se apoderó de su cuerpo, dice ella misma, un temblor semejante á una convulsion, y le parecia que todos sus miembros estaban dislocados (2). Pero á este primer terror se siguieron una paz y tranquilidad tales, que han sido la admiracion de nuestros últimos tiempos. Procura tener, pues, su valerosa resignacion. Humíllate con los magos delante del Niño Jesus. Le ofrecerás un don mas precioso que el oro y los perfumes del Oriente, si le das tu voluntad, que verdaderamente no es tuya, y que caerá presto en los lazos del error si la rehusas á Dios. ¡Oh, cuál será nuestro galardón si damos á Dios todo lo que somos! ¡y cuánta nuestra pérdida si algo queremos reservarnos! El

(1) Bossuet, *Sermones*.

(2) Vida, cap. IV.

preséntate la mano de Jesucristo mismo visiblemente estendida sobre tí, y que te viste

verdadero fiel nada tiene: no es dueño ni aun de sí mismo. No te sirvan de embarazo tus defectos, con tal que no los ames, ni abrigues el deseo de perdonarles y alimentarlos en tu corazón. ¡Valor! Ama, sufre, ten docilidad y constancia en las manos de Dios (1).

CAPITULO II.

OBEDIENCIA Y SENCILLEZ.

I. HIJA mia, atiende á mi voz y escucha los consejos de mi amor. Si quieres regresar de virtud en virtud y subir gradualmente (2) hácia el cielo, camina delante de mí con obediencia y sencillez. Desconfía de tu espíritu y de los que están hinchados con su vano saber. Guárdate de juzgar á nadie. Dios, el único que penetra el secreto de los corazones, los juzga muy de otra suerte que los hombres: solo se complace en conversar con los niños y los pobres de espíritu. Nada leas para alimentar tu curiosidad ni para decidir en tu interior sobre el mérito de algun libro: lee solamente para formar en tí un espíritu de

(1) Fenèlon, *Cartas espirituales*.

(3) Ps. V. Ascensiones disposuit in corde suo.

(1) Fenèlon, *Cartas espirituales*.

(2) Eccli. III. 1.

humildad y de sumision ilimitadas. No comuniqués sino rara vez tus pensamientos, y hazlo tan solo por obedecer á tus superiores. Sé con ellos ingenua como los niños. Cuenta por nada tus luces y las gracias extraordinarias con que te favorezco, y no las recuerdes sino para manifestarme tu agradecimiento. Procura conservar pura tu fé, contentándote con ser fiel, sin querer penetrar la santa oscuridad de mis dogmas: observa diligentemente los preceptos y consejos de mi Evangelio explicado por tu regla. No desmayes en tu empeño por regularizar tu conducta, ni te descuides en usar de la mortificacion para corregir tus defectos, so pretexto de olvidarte de tí misma y de obrar sencillamente sin reflexion: pregunta á tus superiores; que te adviertan tus defectos en esta materia. Sigue con fidelidad lo que yo te hiciere conocer por medio de otro, y descansa con docilidad y candor en la palabra de tus directores. Es menester que te olvides de tí misma, es decir, en cuanto á no condescender con las delicadezas del amor propio, y no en cuanto á que te descuides de la vigilancia esencial en los que aman á Dios sinceramente. A medida que se aumente tu caridad, mayor zelo

preséntate la mano de Jesucristo mismo visiblemente estendida sobre tí, y que te viste

rior es hombre sábio ó sin letras; si es ó no respetado; si es propio para el desempeño de su cargo; sino que debes mirarle como un guia

tendrás contra tí misma, para no admitir sino las virtudes mas puras que el amor inspira (1).

II. Si estás afianzada en la obediencia, muy pronto gozarás de las delicias de aquella paz divina que le es inseparable. Con tal que busques ante todo mi voluntad, mi providencia cuidará de tí. Considera bien que el camino que has abrazado, de fé y de abnegacion, no será sólido mientras no te desprendas de las personas, de los libros, de los ausilios temporales y de todo lo que no sea Dios y su voluntad santísima. Obedece como un niño: da á conocer al mundo que *los justos forman una nacion, que solo vive de amor y de obediencia* (2) Guarda silencio lo mas que puedas. Este silencio no ha de ser un disimulo, sino recogimiento y desconfianza de tí propia. Renuncia á tus propias luces, y pon tu confianza en las ajenas. Ten presente que me ofenderás siempre que vaciles en hacerme un sacrificio de los consuelos de que te hallas privada. El servir á Dios no consiste en palabras, ni en sentimientos vagos, ni en

(1) Fenelon. *Cartas espirituales*.

(2) Eccli. III. 1.

humildad y de sumision ilimitadas. No comuniqués sino rara vez tus pensamientos, y hazlo tan solo por obedecer á tus superiores.

afectos sensibles, ni en hermosas imágenes, ni en grandes pensamientos: consiste en practicar buenas obras. Si guardas silencio, si obedeces, si renuncias á tus apetitos así como á la propia voluntad, y esto aun en las ocasiones mas difíciles; si te mantienes siempre con igualdad de ánimo, sin dar entrada en tu corazon al desaliento ni á la lisonja; en una palabra, si abrazas la cruz con una fé viva, de que solo por este camino se me encuentra, entonces, hija mia, habrás establecido en tu corazon la realidad del reino de Dios. Esa es la adoracion en espíritu y verdad (1). Observa tu regla: es para tí el mismo Evangelio. Escucha á tus superiores: son para tí Dios mismo.

III. ¿Acaso estás en el mundo para darte gusto? Yo, hija mia, bien lo sabes, *yo mismo no he querido complacerme* (2). ¿Y quién eres tú para que quieras complacerte á tí misma? Tú deseas cumplir la voluntad de Dios, ¿y cómo la cumplirás mejor que renunciando á la tuya propia? La oracion en tanto es sólida, en cuanto á que da la muerte á nuestra voluntad, nos hace renunciar con va-

(1) Joan. IV. 24.

(2) Rom. XV. 3.

rior es hombre sábio ó sin letras; si es ó no respetado; si es propio para el desempeño de su cargo; sino que debes mirarle como un guia

lor á nuestro gusto y aun á la propia perfeccion, considerada como escelencia personal, y no únicamente como la voluntad de Dios. Todo lo habrás ganado, si obedeces, y si á los demas persuades con tu ejemplo á hacer lo mismo. Cuando tengas repugnancias, abre con sencillez tu corazon, no para que te sobrelleven ó lisonjeen, sino para no tener reserva; y despues de esto, no des ya oídos á tus propias quejas. Las repugnancias que esperimentas provienen del apego á tu voluntad y opinion. Es menester que á todo te acomodes, y que mortifiques y rompas tu corazon hasta que logres hacerlo enteramente dócil. No te desalientes por tus defectos; antes bien, da gracias á Dios que te los hace conocer. Cobra siempre fuerzas nuevas, reanima tu valor, y no te canses de correr para alcanzar la victoria; pero hazlo sin enfados, con tranquilidad, sin desórden, sin tener en tus fuerzas una vana confianza. Aprovechate de la humillacion á que te reducen tus pecados, y de la esperiencia que tienes de tu infidelidad á la ley divina, y no desmayes, desconfiando de tu enmienda (1).

(1) Fenelon. *Cartas espirituales*.

humildad y de sumision ilimitadas. No comuniqués sino rara vez tus pensamientos, y hazlo tan solo por obedecer á tus superiores.

FRUTO.

JESUCRISTO no tolerará tu inconstancia y ligereza, ni el gusto que sientes por el espíritu de los demas. Esfuérzate por llegar á ser pobre de espíritu y no descansas mas que en tus relaciones con los pequeños y de corazon sencillo.

Los talentos son de Dios, y son buenos mientras los amamos sin pasion; mas cuando los buscamos, cuando los preferimos á la sencillez, cuando desdeñamos lo que de ellos está desnudo, cuando queremos que Dios nos conceda siempre los mas escelentes de sus dones, ya hemos perdido el gusto que inspira la pura gracia. Haz á un lado y desprecia tu espíritu, tu ciencia, tu gusto, tu discernimiento. Solamente la conducta de la fe es segura, como el bienaventurado San Juan de la Cruz lo dice tantas veces. Santa Teresa misma parece que perdió enteramente toda luz sobrenatural en su *Morada VII del Castillo del Alma*. No mas espíritu que el espíritu de Dios. La gracia divina hace que sea-

rior es hombre sábio ó sin letras; si es ó no respetado; si es propio para el desempeño de su cargo; sino que debes mirarle como un guia

mos todo para todos indistintamente. Ella nivela todos los talentos, lo allana todo, hace que nos encante el trato de las gentes mas idiotas, si á estar con ella nos mueve el deseo de cumplir la voluntad de Dios (1).

CAPITULO III.

MORTIFICACION DE LA VOLUNTAD.

I. LA obediencia es una virtud admirable, y á la cual profeso una especial predileccion. Cuando algo se hace por pura obediencia, me agrada mas y es á mi vista mas meritorio, que otras muchas acciones que podrian hacerse siguiendo la propia voluntad. Creeme, hija mia, no puedes ofrecermé sacrificio mas agradable que un corazon humilde, una voluntad obediente y dispuesta á recibir todas las impresiones de mi gracia y á seguir todos sus movimientos. Resuélvete, pues, á despojarte de tí misma por mi amor: acostúmbrate á hacer á un lado todos tus intereses, á privarte de tus consuelos espirituales, de tus devociones y aun de tus progresos: en

(1) Fénélon. *Cartas espirituales*.

humildad y de sumision ilimitadas. No comuniqués sino rara vez tus pensamientos, y hazlo tan solo por obedecer á tus superiores.

una palabra, renúnciate á tí misma, para que cumpliendo con tus obligaciones y considerando mi honor y mi gloria como la primera de todas, no solo conserves todas tus ventajas, sino que las aumentes al céntuplo, desviándote de tu camino para seguir el que te muestra la obediencia. Lejos de tí, el que algo te parezca tan amable, tan útil, que en consideracion á la obediencia no pudieras abandonarlo voluntariamente, porque sea cual fuere el motivo que te hace rehusar la obediencia ú obedecer murmurando y con semblante triste, no es mas que un ídolo de tu voluntad que te es muy pernicioso. Si el puesto que ocupas fuere tan elevado que no tengas superiores, y tú seas superior á todos, procura serles inferior, siguiendo la voluntad agena y abandonando la propia.

II. Profesa el amor mas sincero á la virtud de la obediencia. Jamás te separes de su camino; y sométete gustosa, sin ruido, sin deliberacion, sin réplica, no solo á tus superiores, sino tambien á cualquiera otro, siempre que no haya que hacer algo evidentemente contrario á mi voluntad. Y para que mas de corazon te sometás, no consideres, si el que mi Providencia te ha dado por supe-

rior es hombre sábio ó sin letras; si es ó no respetado; si es propio para el desempeño de su cargo; sino que debes mirarle como un guía que te he dado para que te conduzca, y en cuya persona quiero que me consultes y me escuches. Considera que el órden de mi providencia ecsije que te sometás á quien mas me agrade, pudiendo ser no ménos un hombre sencillo, que un sábio profundo. Abandónate pues sin reserva en manos de tu superior, y despreciando tu propia prudencia y tu juicio, adhiérete al suyo; entra en sus pensamientos, y recibe como si saliesen de mis labios las órdenes todas que te imponga, porque algunas veces doy á mis siervos gefes poco ilustrados y de poca esperiencia para que no se busque la sabiduria humana, ó al hombre en el hombre; debiéndose buscar únicamente á mí, que soy el Dios soberano, y que pronuncio mis órdenes igualmente por boca de los ignorantes que por la de los sábios.

III. Hija mia, si deseas libertarte con seguridad de cualquier engaño, practica la obediencia y somete todas tus acciones al juicio de tu padre espiritual ó de tu superiora. Vive de continuo en la sencillez y pobreza de espíritu, despojándote de tus pensamientos,

2

como se dice: ¿i que fruto saca el mundo de ese afan infructuoso para lograr el triunfo de sus propias ideas? La caridad lo resiente:

de tu prudencia, de tus afectos, procurando evitar cualquier motivo de queja ó de murmuracion, y prefiriendo la voluntad del superior, mientras en ella no reconocieres un pecado evidente. Y para que en tí muera mas fácilmente la propia voluntad, sujétate no solo á tus superiores, sino tambien á todas las criaturas. A donde quiera que te vuelvas, no hallarás mas camino para llegar á mí, que el que yo señalaba á mis discípulos cuando les decia: *quien quisiere seguirme, renúnciese; es decir, abandónese, mortifíquese, despójese de la propia voluntad, tome su cruz y sígame.* Comienza, pues, desde ahora, ya que es preciso que alguna vez comiences á practicar la abnegacion. Si despues que lo hayas abandonado todo, aún te posees á tí misma, nada es lo que has abandonado. Y si, por el contrario, te has despojado ya del amor propio, si dejas que me enseñoree completamente de tu corazon, y si te abandonas absolutamente en mis manos, aun cuando estuvieras en el seno de las riquezas y de los honores, lo habrias abandonado todo por mi amor. A proporecion que salgas de tí misma, yo entraré, y me apoderaré mas y mas de tu corazon.

mas de corazon te sometas, no consideres, si el que mi Providencia te ha dado por supe-

FRUTO.

ABANDÓNALO todo para hallarlo todo; es decir, abandónate para que halles á Dios. ¿Podrá Dios engañarte? ¿Por qué no te abandonarías en sus manos? ¿Por qué no confiarías en su bondad? ¿Qué bienes eres capaz de proporcionarte tú misma? ¿Qué ventajas puedes procurarte? ¿Crees que arriesgamos algo abandonándolo todo para entregarnos á Dios? Mas considera atentamente en manos de quien te pones. Si sus palabras hacen alguna impresion sobre tu espíritu, sin duda te consagrarás á Dios; es decir, á aquel de quien has recibido el ser, de quien depende tu conservacion, en quien se funda tu esperanza y se cifra tu felicidad. Te consagrarás al que no puede abandonarte, ni engañarte, ni seducirte, porque es igualmente imposible que te pierda de vista ó te aborrezca.

CAPITULO IV.

SILENCIO INTERIOR Y EXTERIOR.

I. HIJA mia, usa de extrema vigilancia sobre tí misma, para refrenar tu lengua y no

como se dice: *¿Y que fruto saca el mundo de ese afan infructuoso para lograr el triunfo de sus propias ideas? La caridad lo resiente:*

decir mas de lo necesario despues de bien premeditado. Espresa tus pensamientos con dulzura y modestia, y lo mas breve que puedas. Abstenete de discursos perniciosos, de palabras de murmuracion y de cualesquiera disputas, como de otros tantos pecados mortales. Evita con todo cuidado las palabras agradables, las conversaciones vanas é inútiles y que causan una risa escesiva: jamás profieras semejantes palabras, y si posible fuere, ni aun las escuches. Si quieres evitar el pecado de la murmuracion, no digas de los ausentes sino lo que sepas con certeza, y dilo de suerte que edifiques á los que te oyen. Y así, tan luego como veas que se habla de los ausentes, propon algo que haga cambiar de conversacion, ántes que las lenguas de los que están contigo se dejen arrastrar á la murmuracion.

II. Hija mia, no hables ni dejes que en tu presencia se hable de los que te hayan ofendido, ni de aquellos á quienes aún no profesas un amor perfecto; porque la murmuracion fácilmente penetra en esas conversaciones, y el deseo de lisonjarte y agradarte podrá hacer que tus compañeras hablen mal de los que te han causado algun disgusto. No sufras, pues, que en tu presencia se acuse á los

mas de corazon te sometas, no consideres, si el que mi Providencia te ha dado por supe-

tencion pura. Y si tú obraras con ella y estuvieras animada de un verdadero celo, te compadecerias mas bien, y buscarias motivos

que no te aman ó á los que tienes aversion. Haz lo posible para guardar un silencio perfecto, procurando por lo mismo callar no solo con la boca, sino tambien con el corazon, para no escuchar el tumulto de las pasiones, la inquietud y turbacion de los afectos viciosos y de las inclinaciones desordenadas. No dejes que ocupen tu atencion las imágenes y pinturas exteriores; sino que como si verdaderamente te hubieses olvidado de todo y separado del mundo, en una paz y silencio interior, háblame solo á mí y no des oídos sino á mi conversacion.

III. Nunca disputes ni sostengas tu opinion ó parecer contra el parecer de los demás. Deja que cada uno use libremente de su juicio, si despues de una exhortacion dulce y tranquila conocieres que ninguna impresion causas en el ánimo de tos que te escuchan. Evita las contiendas: abandónalo todo en manos de mi Providencia, y procura vivir recogida, porque despues de todo ¿qué significan y qué aprovechan esas vanas disputas de palabras? ¿Qué importa que tal cosa sea ó no como se dice? ¿Y qué fruto saca el mundo de ese afan infructuoso para lograr el triunfo de sus propias ideas? La caridad lo resiente:

decir mas de lo necesario despues de bien premeditado. Espresa tus pensamientos con dulzura y modestia, y lo mas breve que puedas.

nunca lograrás convencer á nadie de lo que intentas: de ambas partes aún quedará una fuerte adhesion á miserables opiniones; y á esto se reduce todo. ¡Oh! cuánto mejor es que te mantengas en un modesto silencio, y que hagas sentir á los otros los efectos de una dulce amabilidad! Esfuérzate, pues, por vivir en buena inteligencia con los que te rodean, y guárdate de mezclarte en esas fútiles cuestiones, teniendo presente que si en el dia del juicio has de dar cuenta de cualquiera palabra ociosa, con mayor razon se te haria cargo de esas conversaciones en que te animaba la pasion ó la rivalidad.

FRUTO.

Un viagero aleman, muy instruido, suplicaba una vez á la sábia Madama Dacier, que pusiese su nombre en un librito de memoria, en donde recojia los nombres de las personas célebres que encontraba en sus viajes. Opúsole una larga resistencia, pero vencida en fin por las instancias del viajero, escribió su nombre y este verso de Sófoeles:

De las mugeres, joya es el silencio.

tencion pura. Y si tú obraras con ella y estuvieras animada de un verdadero celo, te compadecerias mas bien, y buscarias motivos

Si una muger del mundo pensaba y escribia es esta manera, ¿qué deberás pensar y hacer tú que profesas la vida religiosa? Ten cuidado y emplea todos tus esfuerzos en la adquisicion de ese adorno preciosísimo. Imita á María, Madre de Jesus: recójete profunda y modestamente dentro de tí misma, y entónces, favorecida del silencio, oirás mas clara y distintamente la palabra divina. Con frecuencia nos arrepentimos de haber hablado; mas de guardar silencio ningno se arrepiente.

CAPITULO V.

NO JUZGAR DEL PRÓJIMO.

I. HIJA mia, á nadie tengas en mala opinion, y aun cuando veas que alguno comete una accion mala, considera que yo lo permito para que su autor se humille y aproveche con ocasion de su pecado. Atenta á esto, no debes ni condenarlo ni despreciarlo. Lo que en tal circunstancia debes hacer es gemir interiormente en vista de tu propia ingratitud; porque la gracia es lo único que te está deteniendo en el buen camino, y sin este auxilio